

LA ÚLTIMA PARTIDA

Sir Gawain A.
(Universidad de Alcalá)

Se sentaron frente a frente y colocaron entre ellos un tablero de ajedrez, y luego las piezas en sus casillas, todo en orden: el rey y la dama en el centro, la torres sólidas protegiendo los costados; los caballos junto a ellos, dispuestos a saltar ágiles, en el campo de batalla, los alfiles como pesada arma que acecha desde la retaguardia y por delante los peones ofreciendo sus vidas a cambio de casi nada.

Ella sabía que el hombre que al azar era su contrincante dominaba mejor las teorías estratégicas, y él se confió al adivinar lo que su enemigo temía.

Y empezó el juego: día tras día realizaron movimientos estudiados hasta la locura. Jugaron con cinismo e hipocresía, como buenos contrincantes, haciendo creer al contrario falsas intenciones. Jugaron tan bien que llegaron a amarse, y fueron felices mientras el desenlace del combate estuvo en suspenso, mientras que las piezas habían dejado de amenazarse y que se hermanaban unas a otras. Las damas se convirtieron en mensajeros de sus señores y llevaron a los reyes enfrentados deseos de paz y bienaventura. Los peones, llegado el mediodía, compartían sus comidas a la sombra de torres que protegían por igual del sol justiciero de las doce a los humildes combatientes de ambos bandos.

Fueron años de júbilo y los reyes apaciguados por las repetidas treguas que se concedían mutuamente dormitaban con placidez en monasterios bellísimos consagrados a San Roque.

Y, sin embargo, al anochecer de la última tarde del verano la dama negra trajo la triste noticia de que un peón había sucumbido en la vanguardia. Y ambos, el rey y su señora, lloraron amargamente, porque jamás pudieron pensar que la vida de uno de sus súbditos fuera tan valiosa. Nadie les explicó cómo había sido. Caballeros venidos expresamente del frente sólo supieron decir que el mucho vino habíales hecho perder la cabeza. Caballeros que volvieron a lomos de sus caballos al campo enemigo, buscando, por encargo

de su señor, explicaciones razonables al suceso, esperando que un malentendido hubiera sido la causa y que por nada del mundo se perturbaría la paz reinante.

Atrás quedaron el rey entristecido como nunca por los contratiempos recientes, y la dama, su señora, que trataba de consolarle con bellos augurios fundados en el vuelo de pájaros que jamás se conocieron.

Nunca volvió la paz. De los caballeros que salieron en busca de concilio en seguida se supo que luchaban con ímprobo valor por salvaguardar los intereses de su patria y de su propia vida.

Poco a poco las pérdidas se fueron haciendo numerosas y la soledad de los campos, con el rastro ensangrentado que dejaron en ellos los valerosos combatientes, era la mejor expresión de la decadencia de un tiempo en el que fue posible contemplar que a lomos de un caballo negro un peón blanco ejercitara con él el más fino sentido de la cortesía con el rey negro, tal y como se conocía en la tradición de los antiguos reinos, sin que hubiera por ello lugar a sentimientos de ofensa o contraimiento del deshonor, ni en los señores de tales damas ni en las damas de tales señores. Pero el cuerno que una mañana anunció el principio de la batalla decisiva con sus notas más violentas, se entretuvo después en pronunciar tibiamente la frase final de una melodía cuyo significado todos conocían y que no era otro sino el lamento por el fin de los buenos tiempos.

Lo que era amor se convirtió en deseos incesantes de venganza y ella, que había aprendido entre tanto los hábiles manejos de su enemigo, supo al fin asestarle el golpe mortal de un jaque mate que supo, como ningún otro, a bomba atómica.

